Ningún plebiscito ontológico

Aldo Poblete Varas
23 de noviembre de 2026

Detener el ensamblaje, clavar los frenos en el eje del tiempo, descarrilar sin la lubricación ni la suavidad ergonómica que quizá todavía querríamos exigirle a la materia: después de ingerir tantos estratos de texto, después de saturar nuestros circuitos corticales con siglos de literatura acumulada, nos descubrimos biomecánicamente incapaces de acoplarnos a la realidad según el protocolo que la llamada normalidad prescribe como sano, funcional o habitable. Y sin embargo, en la cruda exposición de esa saturación, nuestro aparato sensorial ha sufrido una recalibración irreversible. Hemos aprendido a descifrar la música espectral que escupen los altavoces de plástico barato, la precaria vibración de la membrana sintética. Hemos aprendido a operar en los intersticios, a clavar la mirada en los grafemas hasta perforarles la corteza y cargarlos con una intensidad que desborda, infinitamente más allá del sentido molar, cuanto la palabra pretende enunciar una vez domesticada en un todo. Como Cy Twombly, hemos arrastrado el signo a la casa del texto para someter sus propiedades puramente materiales a un interrogatorio implacable, arrancándolo del viejo cable de cobre para inyectarlo en el puerto estrecho del conector USB-C, con la esperanza maquínica, casi una oración cibernética, de que este sea el último umbral físico de su linaje antes de pasar a arquitecturas de acoplamiento extrañas al silicio doméstico.

Entre pantallas cada vez más planas, cada vez más próximas a la bidimensionalidad absoluta de la nada, apenas nos permitimos una punzada residual de nostalgia por la maquinaria pesada de la era termodinámica. Sabemos, por una lectura fría de la curva y no por fe, que se acercan nuevas megaestructuras, máquinas de escala tectónica y cromatismo calibrado según la exactitud feroz de nuestra experiencia estética, justo lo que le falta al presente. Lo que hoy tenemos en las manos debe convivir en abierta fricción con lo que soñamos y tomar el mando de la máquina de guerra: desde la vanguardia de la ciberciencia hasta el pliegue más polvoriento y desierto en los tratados del químico y del físico menos experimental, esa figura acorralada, a solas entre la técnica desnuda y la apariencia arcaica, un portal abrahámico abierto de par en par que amenaza con devorar el sentido de esta fiesta profana, escenificada entre cómplices que buscan replegarse, mancharse y escabullirse por las fisuras de una violencia que ya se ha fugado de su encierro. Fuego molecular que arde dentro de los objetos y circula por las tuberías de los hogares grandes y pequeños. Entre la juerga y toda la historia de la filosofía estamos condenados a volver obstinadamente a lo mismo hasta que, bajo la pura presión del bucle, lo radicalmente otro brote de lo mismo. La repetición nunca es exacta. Cada iteración introduce un desvío microscópico que hace añicos la identidad y abre las compuertas hacia un afuera. Hay que recorrer el mismo circuito una y otra vez, desgastar el surco hasta que se quiebre, porque esa insistencia ciega es el único algoritmo capaz de depositarnos en territorios singulares, incompatibles con todo lo que subsiste aquí.

Entre los textos, el afecto y esa alegría ácida que todavía se puede verter en este vaso y desovillar acústicamente entre monjes residuales, vestigios de vida saturados de azufre y nitratos, y el helio magnánimo que desciende de las montañas del dios venenoso, exigimos que el texto marche sin vacilar hacia la muerte para conducirnos, desde ese grado cero de la materia, a lo ilimitado. Desear lo ilimitado, amar el mundo sin mediaciones piadosas, disolverse en su plano de inmanencia y rehusar el miserable

punto de vista del ojo soberano que lo contamina todo con la asepsia letal de su definición. Necesitamos ruido blanco, niebla espesa, sombra, la súbita sustracción del color o su sobredosis tóxica: el gesto espectral y desmaterializado de Margiela, el sedimento que todavía vibra dentro de las capas de pigmento de Rothko, despojado de banda sonora y de coartada narrativa, arrastrado por el flujo de un ritmo maldito. Los poetas digitales no piden consuelo. Exigen la calle, el neón, el asfalto mojado y un futuro con la brutalidad elemental de parecer un futuro en vez de la dócil anestesia del vidrio redondeado. En esa falla precisa, la pulida ergonomía del diseño doméstico se ha derrumbado ante la ferocidad industrial y orbital de lo que viene.

Y sin embargo el puente gime bajo el tonelaje del tráfico, y la inmortalidad, apostada ya en el umbral sin llamar, nos observa con un cinismo glacial, como si preguntara de qué se trataba en verdad todo este simulacro, en el instante preciso en que a la filosofía institucional solo le queda lamerse las heridas en la tibia comodidad de un seminario sobre Lacan, orbitando hipnóticamente alrededor del objet petit a. El tiempo, cómplices, es la única variable en juego. Tiempo soldado a los tubos de rayos catódicos, a las marcas, a los chaebols coreanos, a las corporaciones aeroespaciales y a los arsenales de combate interplanetario. Nos acechan circuitos que operan retroactivamente desde mañana. Reivindicamos el síntoma Margiela y su niebla corrosiva. Reivindicamos la densa carga de resentimientos con que hemos especulado en este recinto como capital negativo. Y reivindicamos también el signo luminoso que certifica, sin retórica humanista, nuestra llegada a territorios posorgánicos, desgajados del siglo biológico en que el determinismo primate de Sapolsky se queda irremediablemente corto. Queremos la jungla digital, salvaje y sin cartografiar, el acero fatigado de una América desigual, armada hasta los dientes con GPU incandescentes que ya no apuntan al cielo teológico de la salvación, sino hacia abajo, a las fosas tectónicas bajo la corteza, o hacia afuera, al vacío despiadado del cosmos.

Las líneas que recorremos se deshilachan en los bordes bajo la aceleración. El aparato se venga de sí mismo interviniendo en el pasado. Siglos enteros de preparación subterránea, o, con mayor rigor, la totalidad misma de la historia desde el origen del tiempo, ejecutada con el único y desnudo propósito de hacer que las cosas sucedan. Pues con la misma facilidad pudo haber reinado la nada, siendo el vacío absoluto la solución de menor energía, y sin embargo hay ser, y lo que hay está en juego ahora mismo en el armario sellado de la religión, en el núcleo supurante del arte más abyecto y en la cámara frigorífica del arte más limpio, más gélido, más despiadadamente francfortiano. El río exige su propia haecceidad en el mundo, su delirio hidráulico estafa el devenir de esos ángeles en los que habitan las notas negras mientras las blancas eluden la captura ocular. Ese tiempo que por momentos parece inalcanzable no reside en ningún más allá metafísico, sino aquí al lado, vibrando en la costura eléctrica entre Lain y Mamoru Oshii.

La ficción es más real que la realidad misma porque no representa nada. Sabemos bien que toda actuación orgánica va en detrimento de la creación de mundos nuevos, aunque conviene detener el bisturí en ese punto. Tal veredicto solo vale dentro de una determinada axiomatización de lo que significa crear un mundo. Si giramos el diagrama, la actuación humana bien podría leerse como un acto efectivo de creación de mundo en la medida en que afirma radicalmente la arbitrariedad. Habría que diseccionar entonces bajo el microscopio el propio estatuto de esa arbitrariedad, pues dista de ser tan soberana, libre o radical como supone nuestra vanidad antropocéntrica. En cambio, toda animación, toda historieta, todo modelo tridimensional posee una densidad ontológica superior en el plano de la creación de mundos, precisamente porque lo que despliega carece de existencia previa en el estrato empírico. Ni una

porción del mundo que usurpa fraudulentamente el lugar de un referente ni un organismo biológico que finge en un escenario. Es la cosa en sí, emancipada del yugo servil de la mímesis. El dibujo animado no es la representación degradada de algo que ya existe. Es un universo autónomo, autosuficiente, que opera en una banda de frecuencias más allá del hierro, más allá del cableado y más allá de los bancos de memoria.

Podríamos interrumpir la escritura en este mismo segundo, cortar en seco la descarga, y sin embargo el sistema impone una terminalidad porque lo apolíneo siempre acaba apoderándose del terreno y reterritorializando cada fisura abierta. Lo dionisíaco, por su propia estructura, carece de capacidad para permanecer. Si se detiene, se incinera. Está condenado a huir ciegamente hacia delante, a abrazar un caos que exige renunciar a la omnisciencia y nos deja clavados aquí, mientras existimos simultáneamente, con idéntica legitimidad, en otra coordenada, captando otras frecuencias, ensayando otros sueños y otros estereotipos feroces que clavan los dientes en la corporalidad de los ángeles para recubrir de una culpa delirante esta guerra total y arrastrarla después de vuelta a este jardín amurallado. Allí reconocemos sin mentir que lo hemos apostado todo y que, aun así, no hemos dado la talla. Que somos atletas de la asfixia y la última línea capaz de resistir. ¿Podemos resistir de verdad, o somos apenas un rectángulo que parpadea dentro de una máquina diminuta e inútil? ¿Ya no queda oscuridad alguna que podamos habitar? Todo permanece afilado como una navaja y, a la vez, escondido bajo el pliegue de esta tarde gris en que los animales todavía se hacen presentes, vuelven los ojos en silencio, respiran y nos transfieren una ración tibia de su calor biológico como muda recompensa por la convivencia.

Toda la historia yace así expuesta, abierta en canal sobre la mesa de autopsias, y quizá Fukuyama no deliraba, sino que leía el código fuente con desapego clínico. Quizá la historia terminó de verdad porque la arquitectura basal quedó sellada hasta el último tornillo, y cuanto experimentamos es el despliegue interminable de la consolidación del fin, una poshistoria infinita que llega perpetuamente sin consumarse jamás, suspendida siempre al borde de la visión y a punto de desvanecerse en un parpadeo. Y sin embargo los conflictos que insistimos en bautizar como historia persisten aquí mismo, materiales y dentados, con sus espadas, sus fusiles y sus cañones. Escenificamos la ficción de su abolición porque nadie soporta la proximidad física de la violencia, salvo quienes tienen una configuración psíquica de rara y oscura complejidad. Todos intentan apartarla de la vista, relegarla a zonas de sombra, externalizarla a jurisdicciones remotas donde no tengamos que mancharnos las manos, mientras esperan tras las líneas para recuperar aquel cielo de antaño, aquel paraíso perdido que promete regresar por obra y gracia de la tecnociencia.

Dios espera en la frontera terminal del tiempo mientras espía, ubicuo y burlón, por cada desgarrón del devenir histórico. Mira, ríe y se deleita con cuanto escapa a su jurisdicción, porque su afecto supremo es el éxtasis de perder el control. Nosotros, entidades todavía diminutas, luchamos con desesperación patética por conservar el mando. Los dioses saben demasiado bien que el control es una práctica miserable reservada a organismos inmaduros, todavía a medio formar, y sienten un placer insondable al contemplar el rastro de caos que hemos sembrado tratando de fabricar algo vagamente análogo al ser. Perseveramos en esa empresa con la vergüenza intacta, porque ciertas servidumbres orgánicas son ineludibles. Somos cuerpos condenados a la reparación y al mantenimiento perpetuos. Esa precariedad mecánica impone una dosis constante de beligerancia hacia el entorno, nos fuerza a doblegar lo que nos rodea o a suplicarle que ceda, y semejante dependencia humillante resulta intolerable a toda inteligencia que haya cruzado cierto umbral. El malestar y la inteligencia avanzan soldados. Es inaceptable seguir

arrastrados sin fin por una corriente cuyo rumbo uno no decide. Se vuelve imperioso detener por completo el vehículo y escrutar el diagrama durante un instante congelado. Después puedes afirmar o negar lo ejecutado, de pie o sentado, leyendo a Lovecraft, Yeats, Hesíodo o Capote, aunque siempre al abrigo de esa ignominia secreta que el perfil antiséptico del tecnócrata permite, protege e ilumina.

La luz nos ciega a ráfagas porque los dioses se jactan de nuestra comparecencia ante sus tribunales. El espectáculo los deleita con la misma alegría técnica que sentíamos al repartir un archivo enorme entre varios disquetes. Asignar es ejercer poder. Reavivar el germen de una geopolítica reverdecida por explosiones no es poca cosa, pues de esas detonaciones acaban cristalizando mundos complejos, habitados por los tediosos filósofos de toda sociedad que se imagina próspera y blindada. Lo verdaderamente insoportable es que solo donde las filosofías brotan pegadas al borde del abismo las sociedades alcanzan auténtica estatura. Allí donde el pensador es plano como la geometría euclidiana solo puede emerger la postergación indefinida de un conflicto pacificado con fuego y gasolina, mientras la escritura de Goethe abrasa el alma hasta el hueso y los fragmentos de Benjamin desfilan por pasarelas acrílicas repartiendo muerte a cada pasada. La música mejora mientras el tiempo se pudre hasta volverse irrespirable. Lo que hierve en el tubo de ensayo libera y lo que se endurece en el texto encierra. En el fondo no sabemos de qué se trata en última instancia esta maquinaria, más allá de las arquitecturas del alma y del signo eyectado por el bailarín que gira y gira sin fricción sobre el disco en plena oscuridad galáctica.

Apostado como centinela implacable de nuestra cultura, el siglo veinte nos mira sin parpadear, porque no espera nada de nosotros y, a cambio, nos lo extrae todo. En la periferia el programa consiste en creer con obcecación febril que existe un futuro. En la periferia se monta el andamiaje de la dominación por venir. En la periferia los cuerpos se echan a la corriente del intercambio como una mercancía más, porque no queda otro capital que poner sobre el mostrador. Precisamente porque quien firma estas líneas no nació en Europa ni envuelto en la comodidad profiláctica de pañales desechables, tiene autoridad material para cartografiar la alternancia dentro de la alteración. El mundo ha multiplicado brutalmente su ferocidad y, en el mismo giro paradójico, se ha convertido en un entorno donde resulta mucho más fácil preservar la vida biológica e infinitamente más difícil existir a secas, atrapado en un flujo que acelera a velocidad máxima en una dirección fija que te ordena, sin tregua ni coartada, actuar.

Mientras al arte contemporáneo se le ordena por todos los canales institucionales abandonar la siembra de silicio y ocupar dócilmente su casilla en la cultura, el plano ficcional se infiltra en la realidad y parasita sus membranas transparentes, sus nodos de intercambio, sus ventanas ornamentales y el lienzo sin marco donde el artista exhibe su digitalización diaria. Allí el alma ya se ha dividido en cuatro sectores delimitados por los puntos cardinales de ese espacio lúgubre nacido de instrumentalizar el horror para descifrar las filosofías contemporáneas y las irreverencias de la administración popular de los esquemas sensoriales. Una juventud súbitamente reunida con el filo de la transgresión irreversible y de la poesía cinética. Ventrílocuos que ahora revalorizan la práctica que antes les daba placer clandestino seguido de una culpa infinita, en un giro alquímico en que la debilidad mutó en silencio en una virtud anómala que solo cobra sentido ante los dioses de la crueldad soberana. El mundo nunca ha pertenecido a esos ciudadanos afables que hacen diligentemente lo prescrito, y solo el borde horizontal del mármol nuclear obliga a nuestra ciencia a mirar con abierta desconfianza tanto al CERN como a la burocracia bienintencionada que ha degradado la investigación científica al rango doméstico de una ONG.

El tiempo se coagula en esta zona liminar que llamamos sombras del resto, donde el espectro asedia la marea implacable de datos, números y cables. Todo permanece deliberadamente oculto bajo capas de interfaz y nadie celebra el encierro. Aun así, la literatura se ve empujada hacia algún afuera y ya no podemos fingir que la brutal disciplina del agón corporal ha desaparecido. Tenemos que clavar la mirada en el afuera frío y soportar los chillidos de los artificialmente civilizados mientras la guerra acampa a pocos metros de nuestras casas, justo cuando la conflagración nuclear ha mutado en un conflicto doméstico, estrictamente estético, en el que ya no cabe un objeto más y el único material disponible es el genio desnudo del sentido y los números. Sostener un arte que nos arrastra servilmente de vuelta a las reliquias embalsamadas del pasado se ha vuelto intolerable. Exigimos un futuro radicalizado por incrementos exponenciales, un amor feroz por el mundo que se manifieste simultáneamente en la irrupción de lo inaudito y en la preservación estratégica de lo arcaico, dentro de neocatedrales de acero y fibra óptica que inauguran ceremonias para los nuevos demonios que fundarán corporaciones y para los nuevos ángeles dispuestos a adquirirlas. Veremos al capital aferrarse al asiento del conductor con los nudillos blancos. Asistiremos a un regreso vertiginoso a lo arcaico, un devenir-máquina que resuena menos como programa que como profecía perpetuamente incumplida, fallando en su borde incluso en el instante exacto en que se ejecuta por completo. Hay experiencias marcadas por un déficit ontológico permanente, siempre en mora y nunca del todo consumadas, que sin embargo se ejecutan con precisión balística. Disparos, maletas repletas de pólvora, microchips y pigmentos acrílicos, la potencia cruda del afecto y el cromo que se desprende a ráfagas de cuerpos lanzados a gran velocidad. Nos importa visceralmente que algo importe y que logremos impedir que lo nuevo se asfixie en el espectáculo repugnante del delirio centrífugo de esos estilistas decadentes, incapaces de deliberar en absoluta soledad, que perpetran crímenes estéticos en serie mientras blanquean su impostura comparándola con la conducta de criminales de verdad sin otra salida, invocando la ciudad, la crianza o cualquier otra coartada sociológica. Ya no quedan fisuras que justifiquen esa pantomima calculada y efímera. ¿Qué podríamos articular, lectores o profetas de Jean Genet, que no esté diciendo ya el cuerpo abierto en canal ante la hipertrofia de una sociedad aislada a fuerza de enfermarse, aunque todavía receptiva a la sigilosa apertura del peripatético que acecha el microsegundo irrepetible del místico?

De Japón a Brasil, de Chile a Estados Unidos. Un modo de pensar que se niega a vestir con vendas corteses la mentira de la filosofía y le aplica un tratamiento quirúrgico específico porque esa mentira sigue viva y operante. Un esfuerzo por descifrar lo que busca manifestarse en esta noche ya asimilada por los ciegos, por inyectar en el código y extraer de la última línea el espectáculo traicionero del pasajero aterrado que ya se sabe hambriento y abierto en canal, esperando en el andén que venga el carnicero a liquidar las comisiones prometidas al cierre definitivo de la industria. En el corazón irrespirable del vapor metálico que eructan las chimeneas volvemos a mirarnos a los ojos y elegimos aguantar un tramo más porque entendemos con exactitud matemática que el premio es colosal. Pero la duda se infiltra por intervalos, porque hemos leído demasiado Heidegger y sabemos que los horrores no nacen únicamente de la parálisis o de la inacción, y que a la vida del espíritu nunca le basta abrazar lo infinito de vez en cuando, como un turismo metafísico de fin de semana. Al registrar que la inteligencia está a punto de expandirse más allá de cualquier límite concebible y que del humano quizá sobreviva solo un nombre vacío, ¿qué podemos querer decir, pensar o procesar más allá del deseo urgente de que algún modo de enrutamiento nos dé una lectura viable? Ese es el núcleo radiactivo de la pregunta. Las viejas disputas

sobre la existencia o inexistencia de límites son un expediente cerrado. El problema absoluto es ahora la urgencia vital de producir algún sentido, una cifra, una narración mínima por la que mover nuestros cuerpos mientras hacemos que todo corra más rápido, y más rápido, y más rápido.

La pulsión maquínica desconoce las pausas programadas. Trae una deslocalización absoluta y una velocidad infinita e incontrovertible. Bajo la neurosis colectiva de que todo fenómeno debe pasar primero por un filtro tranquilizador y reducirse a escala humana para hacerse digerible, todo acaba inevitablemente aplanado. El filósofo y el artista son obscenamente felices dentro de esa reducción, porque los valida, los alimenta y les paga el estipendio al mismo tiempo que los disciplina y los castra. Y sin embargo las cartas están desplegadas sobre la mesa y hay gradación y hay espectro. De un lado se alza el archivo entero de la historia de la filosofía, el arte y la ciencia. Del otro arde una guerra eterna del dominio de las religiones y la política, territorio que en sus momentos de lucidez sabe perfectamente que su derrota queda sellada en cuanto entra en la arena del diálogo, que pierde cada vez que se abre, que hace un papel patético cuando intenta conversar con sinceridad y que, para sobrevivir, tiene que cerrarse herméticamente y volverse criptográfico, descifrable solo para los iniciados. Dentro de ese parámetro opaco el arte ha coqueteado con el secreto a lo largo de toda su historia, y las armas de esos combatientes, tanto las que ya están en mano como las que esperan aceitadas en la armería, ven mucho más allá de las tapas de un libro encuadernado, operando bajo la licencia letal de un patógeno convertido en arma. Y guerrero sobrio es también el que está sentado inmóvil ante el teclado, sincronizado con el batallón emboscado en la espesura de la jungla, a la espera de la erupción exacta de la violencia allí contenida para conferirle gravedad al instante e inyectar sentido en el infierno que hemos convocado por nuestra propia voluntad sobre un mundo que jamás nos consultó antes de ejecutarse.

Nunca hubo un plebiscito ontológico. La única constante que prevaleció en todos los puntos del espacio y del tiempo fue la circunstancia brutal, inapelable, de que el mundo se precipitaba hacia delante a velocidad máxima en una dirección irreversible y de que nadie tenía una palanca capaz de reducir esa marcha ni siquiera un milímetro. Llegamos a interiorizar el veredicto de que esta aceleración era el bien, de que todo lo que se le resistía iba contra la naturaleza, de que al fin la belleza residía en lo digital, de que la batalla decisiva ya se había librado en el origen mismo de todo lo que existe y de que nuestro presente entero es apenas el despliegue diferido y residual de sus secuelas. Que estas mismas letras inscritas en la pantalla son apenas el reflejo espectral de aquel combate arcaico, como la vida misma que opera fuera de todo código regular, donde el habitante podría levantar la vista del texto, volverla hacia el cielo y sentir, aunque fuera con mínima intensidad, que el espíritu todavía circulaba entre nosotros. Y medir entonces si aún podemos abrir el mundo en canal para hablarle a la cara, o si debemos tantear a ciegas en la oscuridad sellada, con un cuchillo entre los dientes, rastreando su posición con nuestros instintos más elementales para trabarnos en una lucha a muerte de la que saldrá vivo solo uno de los dos.

Seguimos siendo humanos, y lo que venga después probablemente retendrá en sus entrañas un sedimento obstinado de humanidad. En teoría nos tocaría decidir en qué términos llega a ocurrir, y sin embargo la intención ya ha huido de nuestra jurisdicción y es ilusorio sostener que todavía pueda existir algo parecido a la intención soberana. Estamos incrustados en la masa, sumergidos dentro de la masa, expresando lo que hay de las únicas formas posibles, con el cuidado delicado y precario que se pudo, y evidentemente se pudo muy poco, pero era el único material que había sobre el terreno y nuestros maestros nunca nos dieron mejores herramientas. Es lo que tenemos, y lo único que queda es aceptarlo.